



Juan Barjola
y la renovación
figurativa asturiana

Juan Barjola y la renovación figurativa asturiana

MUSEO BARJOLA

Del 3 de septiembre a 14 de noviembre de 2021



**Consejería de Cultura,
Política Llingüística y Turismo**

Museo Barjola, Directora
Lydia Santamarina Pedregal

Comisario
Luis Feás Costilla

Textos
Lydia Santamarina Pedregal p. 7-8
Alfonso Palacio p. 9-10
Luis Feás p. 24-25, 39-41

Fotos
Marcos Morilla
Archivo del Museo de Bellas Artes de Asturias

Diseño del catálogo
Marco Recuero

Edita
Museo Barjola

Imprime
Gofer

D.L.:

I.S.B..N: 978-84-09-38238-5

Museo Barjola
Trinidad, 17
33201 - Gijón
Principado de Asturias

www.museobarjola.es



Juan Barjola
y la renovación
figurativa asturiana



Lydia Santamarina Pedregal

Directora del Museo Barjola

Juan Barjola (Torre de Miguel Sesmero, Badajoz 1919-Madrid 2004) es un artista con un claro protagonismo en la renovación figurativa en España desde mediados del pasado siglo. Artista siempre independiente, su genio se nutre de la tradición española: el Greco, Velázquez, Goya... Conocidas son sus visitas al Museo del Prado, donde absorbe esa tradición o la de los pintores flamencos como el Bosco, Brueghel... y a lo largo de su vida siempre aprendiendo: Picasso, Ensor, Gorky, De Kooning... y en sus temas implicado con las clases populares, la condición social, la injusticia, la violencia, creando un universo denso, dramático y comprometido. Ética y estética.

Neofigurativo, subjetivo, pop, surrealista, expresionista, hondo, trágico, introspectivo, feísta, son algunos de los adjetivos que jalonan la obra de este pintor, sus distintas etapas, sus temas, su técnica y su compromiso con la pintura hasta el final.

Esta renovación figurativa, que convive actualmente con múltiples tendencias, lenguajes y técnicas ricas y plurales, se inicia en un tiempo y en un ambiente artístico donde predominaba la abstracción como símbolo de modernidad en un país oscuro. Una sociedad que

es el marco de la vida y del arte que la refleja y la cuenta, aislada, reprimida, mojigata –más aún en provincias– hoy tan lejana que para muchos resulta ajena, y si bien la mayor libertad, la globalización o las tecnologías pueden favorecer el conocimiento, con frecuencia la velocidad en la que todo sucede nos deja muy lejos de partes importantes de nuestra historia.

Con el hilo conductor de las obras de Juan Barjola seleccionadas de la colección del Museo Barjola, y con la inestimable colaboración del Museo de Bellas Artes de Asturias, de donde proceden veintisiete de las obras expuestas –incluida una de Barjola– que agradezco y destaco desde aquí pues hacen posible esta muestra, se aborda en esta exposición algo de esa historia.

Como siempre, toda colectiva es parcial e incompleta, por los criterios de sus responsables, el espacio disponible o los fondos asequibles, pero se trata de contar, recordar, interpretar e incluso descubrir, y así permitir que cada uno se acerque y continúe ese relato, siempre interrelacionado, espejo y semilla.

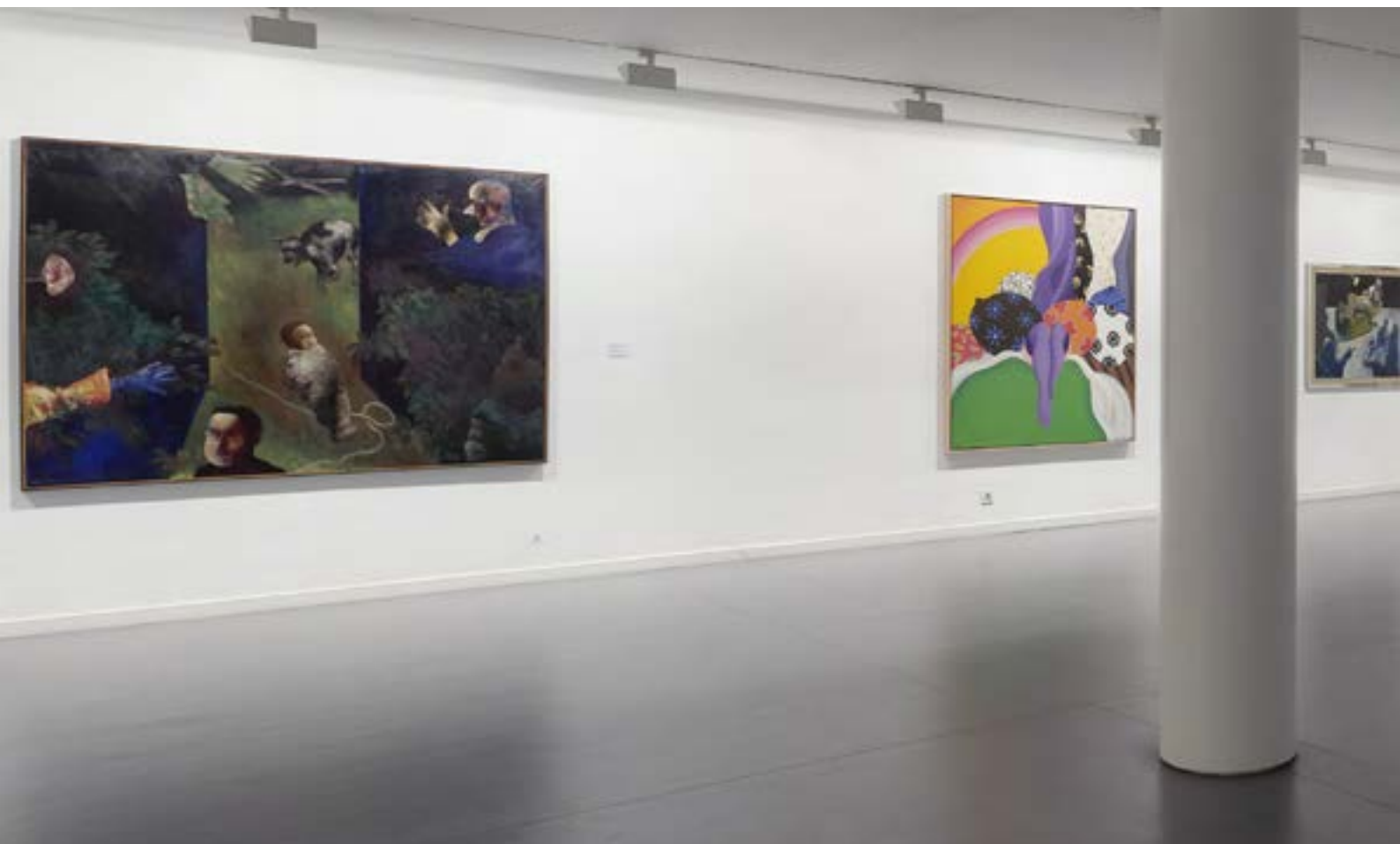


Alfonso Palacio

Director del Museo de Bellas Artes de Asturias

Para el Museo de Bellas Artes de Asturias constituye un placer, y también toda una responsabilidad profesional que asume con mucho gusto, tender puentes de colaboración con otras instituciones culturales hermanas dentro del panorama asturiano, como ha sucedido en este caso con el Museo Barjola. Aunque esta no es la primera vez que los dos centros colaboran, pues hay que recordar la presentación en el equipamiento gijonés, entre marzo y junio de 2011, de los fondos del arte más emergente que atesora el Bellas Artes, sí vuelve a ser otra de las más sólidas, pues a través de ella los dos centros han contribuido a aportar algo de luz al desarrollo de determinadas maneras de entender la figuración dentro de un determinado contexto cronológico y cultural por parte de toda una serie de artistas asturianos que directa o indirectamente pudieron verse influidos, alentados, acompañados o simplemente se sintieron coetáneos, convergiendo y divergiendo en muchos aspectos, de la obra llevada a cabo durante ese mismo periodo por otro de los grandes de la figuración expresiva y expresionista española, el extremeño Juan Barjola.

Con el préstamo para la misma de alrededor de 25 obras procedentes de nuestros fondos, el Museo de Bellas Artes de Asturias continúa con su apuesta de llevar sus colecciones allí donde sean reclamadas para apoyar proyectos de calidad. Esperemos que para el caso de su vinculación con el Museo Barjola esta no sea la última y próximamente puedan alumbrarse nuevas vías de colaboración. En este sentido, desde el Bellas Artes sólo nos queda agradecer al comisario de la muestra, Luis Feás, y a la directora del Barjola, Lydia Santamarina, todo su trabajo y dedicación para que este importante proyecto pudiera salir adelante.















101

















Luis Feás Castilla

La obra de **Juan Barjola** (1919-2004), pintor titular del museo en Gijón que acoge esta exposición, sirve para estudiar el proceso de renovación figurativa que vivió el arte español de la segunda mitad del siglo XX, en el que tuvo gran protagonismo el pintor extremeño.

Proceso en el que también estuvieron implicados artistas señeros como Orlando Pelayo (1920-1990), Eduardo Arroyo (1937-2018) o Eduardo Úrculo (1938-2003) e iniciativas colectivas como las de Estampa Popular (1959-1975), el Grupo Hondo (1961-1964) o el Equipo Crónica (1964-1981).

Supuso un refuerzo de la iconicidad pero desde un punto de vista expresivo, con técnicas de vanguardia que no despreciaban el informalismo imperante y una especial preocupación por hacer la crónica de la realidad social, a veces con tintes expresionistas, otras con ribetes fantásticos y en ocasiones desde un distanciamiento más pop.

Fue una reacción contra el dominio de lo abstracto, con el que entró en competencia pero sin rechazar del todo sus avances más significativos. Se suele marcar como fecha de inicio la de 1957, que es cuando hace su aparición el grupo El Paso, al que se asocia con la irrupción de la abstracción en España, país todavía anclado en la

tradición figurativa, más barroca, menos dada a la austeridad iconoclasta de otras latitudes reformistas.

Pero más que ruptura lo que se produjo fue la normalización y plena aceptación, dentro del régimen franquista, de una abstracción que ya existía antes, sin que por ello se renunciara a la figuración. De hecho, no todos los miembros del grupo El Paso se mantuvieron siempre fieles al purismo abstracto, que nunca fue exacto en Antonio Suárez, Antonio Saura, Manolo Millares, Pablo Serrano o Rafael Canogar.

La mayoría navegó sin grandes dogmatismos entre figuración y abstracción, ejercitando una libertad que ya nadie fue capaz de arrebatárselos. Un somero repaso a los pintores españoles de la época permitirá conocer que dos tercios de ellos permanecerán siendo figurativos, con los matices que se quiera.

Como movimiento, el grupo El Paso articuló a los sectores de la corriente informalista en España vinculados al surrealismo abstracto que se valían de las cualidades expresivas de formas, colores, materiales y pinceladas para convertir la obra de arte en un registro o huella de la acción de su creador, en un sentido autobiográfico y existencialista.

El Paso se convirtió inmediatamente en la máxima expresión del arte español de vanguardia entre otras razones por practicar buena parte de los miembros del grupo un arte de marcado acento español, arraigado en la tradición goyesca y caracterizado por el oscuro cromatismo, el énfasis pictórico o la expresividad a ultranza.

Para autores como Carlos Areán, el expresionismo se habría fijado como una de las constantes del arte español ya desde el siglo XIX. Siguiendo la herencia de Francisco de Goya, la deformación expresiva de la figura humana se convirtió, como en el arte nórdico o francés, en el denominador común de una parte significativa del trabajo estético de los artistas españoles, preocupados por alcanzar pronto una conexión rápida y sin intermediarios con el público aficionado.

Desde el asturiano Darío de Regoyos (1857-1913) y su *España Negra* (realizada en 1888 pero publicada en 1899), la progresión fue desdibujando la pincelada a favor del trazo expresivo, de manera que a los pocos años fueron apareciendo los primeros pintores españoles a los que ya se puede considerar como primigeniamente expresionistas, como son el catalán Isidro Nonell (1872-1911), el asturiano Evaristo Valle (1873-1951) o el madrileño José Gutiérrez Solana (1886-1941).

En el caso de Juan Barjola, que arranca con una figuración cezanniana y ligeramente postcubista como la imperante en 1950, bajo la influencia de Daniel Vázquez Díaz (1882-1969) y la Academia Breve de Crítica de Arte de Eugenio d'Ors (1941-1954), su obra se puede dividir en tres etapas, no siempre bien remarcadas por los estudiosos de su trabajo.

Una primera, que va desde mediados de esa década hasta 1964 aproximadamente, se enclava en lo que se ha llamado propiamente Nueva Figuración, con un fuerte componente matérico lindante con el informalismo.

En la segunda, que abarca desde la segunda mitad de los años sesenta y toda la década de 1970, aplanan las capas pictóricas, aumenta la iconicidad y se dedica a reforzar los temas, a los que imprime un claro compromiso social.

Y en la tercera, que inicia hacia 1980 con el optimismo propio de la era del entusiasmo para volver pronto al pesimismo más desgarrado, la imbricación más clara, aunque presente en toda su trayectoria, es con la obra de Picasso (1881-1973), convertido también en referencia para otros expresionistas europeos como Francis Bacon (1909-1992).

Los principales temas que Juan Barjola aborda y se recogen en la presente exposición son los siguientes:

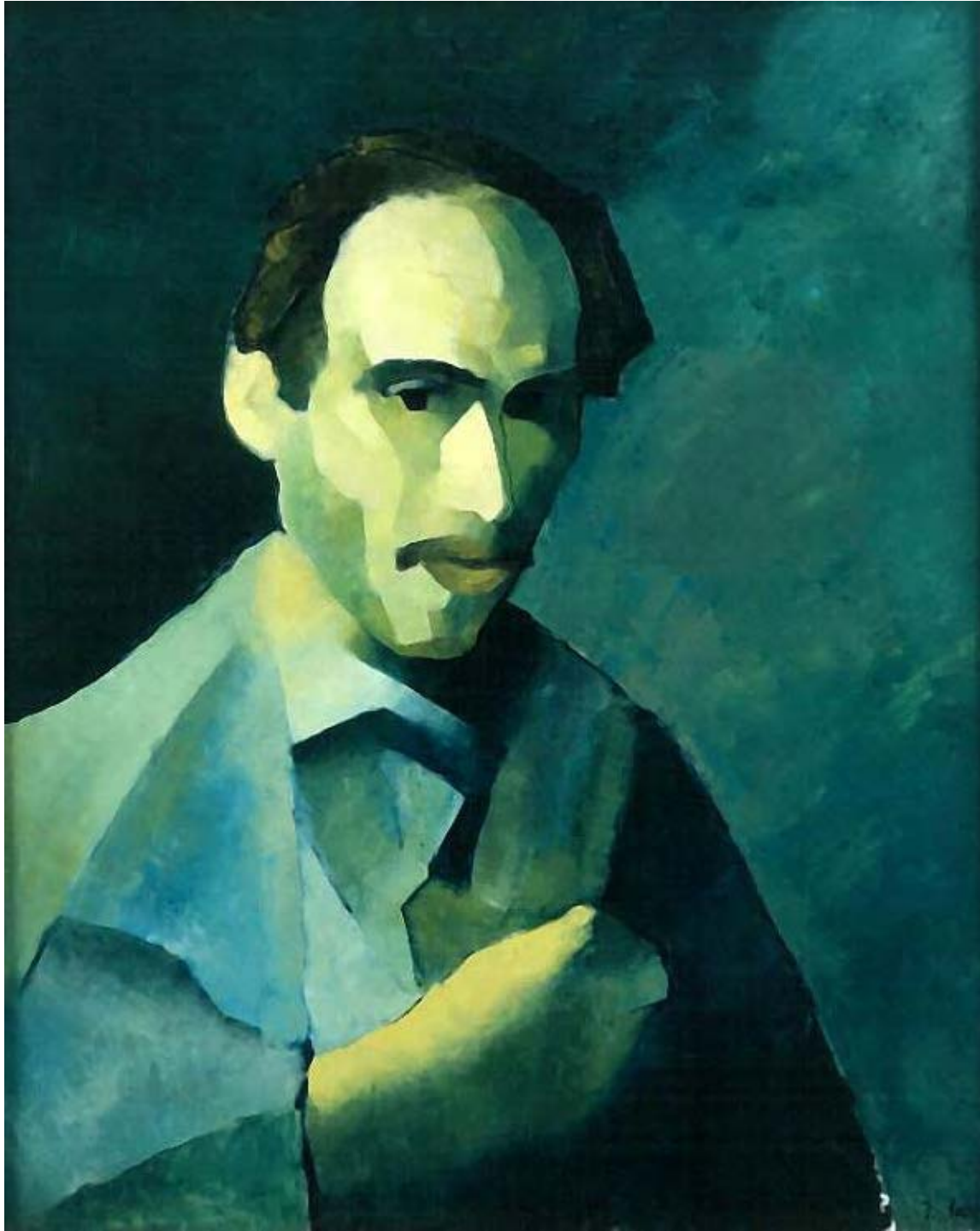
1. **Retratos y autorretratos**, o, lo que es lo mismo, el tratamiento del rostro humano, en lo que podría ser, de algún modo, su negación, como escribe Antonio Gamoneda, que

encuentra en “la omisión de los rasgos” por parte de Barjola su expresión más precisa, sobre todo a partir de sus *Retratos apócrifos*, emparentados con los de Orlando Pelayo.

2. **Bodegones**, que para Barjola supondrían “una solución de compromiso entre su necesidad de apoderarse de lo real y sus nada extremadas incrustaciones abstractas”, según Carlos Areán.
3. **Figuras**, también animales, de anatomías rotas o deformadas, en representación de “la tristísima humanidad”, como lo califica Gaya Nuño, con “permanentes alusiones a las injusticias de los poderosos y a las plagas de maldad desplegadas contra los infelices”, en palabras de Miguel Fernández-Brasso.
4. **Momentos eróticos**, tratados desde un punto de vista masculino pero con un claro componente de denuncia, en el que se aprecia como en ningún otro sitio “el clasicismo de la obra barjoliana”, de “una realidad entrevista e imaginada”, tratada con “una frialdad” y una “distancia de la mirada” que sorprende, como resalta Pablo Jiménez Burillo.
5. **Mundo onírico**, que trata la realidad con los colores de la ensoñación, bajo el influjo de una de las vanguardias más vivas del momento, el surrealismo.

De todas estas etapas y temas de Juan Barjola se recoge una cuidada selección de obras, trece de ellas procedentes del Museo Barjola de Gijón y una del Museo de Bellas Artes de Asturias, que destacan por su calidad pictórica, su potencia expresiva y su indudable maestría, no siempre admitida y últimamente algo arrumbada y preterida.

Entre los catorce cuadros hay dos autorretratos, tres bodegones, un retrato apócrifo, un momento erótico, dos tauromaquias, una multitud y cuatro lienzos de tema social, crucifixión incluida.



JUAN BARJOLA (TORRE DE MIGUEL SESMERO, BADAJOZ, 1919-MADRID, 2004)

Autorretrato, 1950. Óleo/lienzo. 65x54 cm.
Museo Barjola (Gijón)

JUAN BARJOLA (TORRE DE MIGUEL SESMIERO, BADAJOZ, 1919-MADRID, 2004)

Bodegón en grises, 1959. Óleo/lienzo. 51x126 cm.

Museo Barjola (Gijón)





JUAN BARJOLA (TORRE DE MIGUEL SESMERO, BADAJOZ, 1919-MADRID, 2004)

Retrato apócrifo, 1963. Óleo/lienzo. 70×79 cm.
Museo Barjola (Gijón)

JUAN BARJOLA (TORRE DE MIGUEL SESMERO, BADAJOZ, 1919-MADRID, 2004)

Espejos, 1964. Óleo/lienzo. 162x130 cm.
Museo Barjola (Gijón)





JUAN BARJOLA (TORRE DE MIGUEL SESMERO, BADAJOZ, 1919-MADRID, 2004)

Momento erótico, 1974. Óleo/lienzo. 187x180 cm.
Museo Barjola (Gijón)

JUAN BARJOLA (TORRE DE MIGUEL SESMERO, BADAJOZ, 1919-MADRID, 2004)

Tercer mundo, 1976. Óleo/tiempo. 200x138 cm.
Museo Barjola (Gijón)





JUAN BARJOLA (TORRE DE MIGUEL SESMERO, BADAJOZ, 1915-MADRID, 2004)

Multitud, 1984. Óleo/lienzo. 230 x 345 cm.

Museo Barjola (Gijón)

JUAN BARJOLA (TORRE DE MIGUEL SESMERO, BADAJOZ, 1919-MADRID, 2004)

Tauromaquia, 1985. Óleo/lienzo. 200x265 cm.

Museo Barjola (Gijón)





JUAN BARJOLA (TORRE DE MIGUEL SESMERO, BADAJOZ, 1919-MADRID, 2004)
Autorretrato, 1988. Óleo/litografía. 162×130 cm.
Museo Barjola (Gijón)

JUAN BARJOLA (TORRE DE MIGUEL SESMERO, BADAJOZ, 1919-MADRID, 2004)

Trípico de maternidades, 1989. Óleo/lienzo. 180x324 cm.
Museo Barjola (Gijón)





JUAN BARJOLA (TORRE DE MIGUEL SESMERO, BADAJOZ, 1915-MADRID, 2004)

Crucifixión, 1990. Óleo/lienzo. 177×115 cm.
Museo Barjola (Gijón)

JUAN BARJOLA (TORRE DE MIGUEL SESMERO, BADAJOZ, 1919-MADRID, 2004)

Cabeza de toro, 1990. Óleo sobre lienzo. 140×97 cm.
Museo Barjola (Gijón)





JUAN BARJOLA (TORRE DE MIGUEL SESMERO, BADAJOZ, 1919-MADRID, 2004)

Niña, ventana y perro, 1991. Óleo/lienzo. 200x130 cm.

Museo Barjola (Gijón)

El seguimiento del proceso renovador de su tiempo se realiza a través del arte asturiano, en una colaboración del Museo Barjola con el Museo de Bellas Artes de Asturias. En él se incluye a pintores de la generación de Barjola y de las dos siguientes, es decir, nacidos entre 1919 y 1949, con obra comprendida entre el año en que éste decide dedicarse plenamente a la pintura, 1950, y el de su fallecimiento, 2004. En total son otros veinticuatro artistas, aquellos de los que existe suficiente representación en la principal pinacoteca de Asturias.

Hay que destacar que hablar de renovación asturiana supone hacerlo de grandes figuras de la Escuela de París, el grupo El Paso, la Escuela de Madrid, Estampa Popular o el Pop europeo. Porque en Asturias, protagonista de alguno de los más influyentes acontecimientos políticos en la España de entonces, como las huelgas democráticas mineras de 1962 y 1963, que tanta incidencia tuvieron en lo artístico, se supo encontrar también una vía propia de modernidad, por lo general poco estudiada y reconocida.

Resulta significativo que a Evaristo Valle, que empezó su carrera como autor de caricaturas en la prensa nacional y regional, siempre se le acabe comparando con José Gutiérrez Solana cuando en realidad éste era trece años más joven y su afición por las escenas de Carnaval es algunos años posterior a la que desarrolló el pintor de Gijón, que era resultado de su agorafóbica forma de ver y sentir el mundo.

Ya el crítico Enrique Lafuente Ferrari estableció las notables diferencias entre la brutalidad análítica, “complacida en lo miserable”, del pintor madrileño y la visión más humana, fantástica, humorística y absurda del artista asturiano, de quien apreciaba sobre todo su extraordinaria capacidad para la ironía, que consideraba como espontáneo fruto de “un país húmedo” y muy plástico como el asturiano, consciente de su propio aislamiento.

Esa timidez o recelo ante lo exterior fue, no por casualidad, la característica principal de otros expresionistas dulces asturianos

como el también gijonés Nicanor Piñole (1878-1978), cuya obra más caricaturesca es de un personal humorismo bonachón. Antes de la Guerra Civil, la ironía y la chanza socarrona ya eran parte sustancial de la estética regional, como demuestra el hecho de que no sólo pintores jóvenes como Luis Bayón (1894-1945), Alfredo Aguado (1905-1930) y Andrés Vidau (1908-1965) o el ya surrealista Aurelio Suárez (1910-2003) las practicaran, sino que hasta escultores como Sebastián Miranda (1885-1974) o Antón (1911-1937) hicieron de ellas la base de su figuración más simpática y dionisiaca.

En todos ellos debió de influir el notable éxito que tenía entonces el humor gráfico, al que muchos se dedicaron, cuya veta artística fue todavía explotada por la figuración de posguerra. Entre los principales renovadores de la época se encuentran artistas tan significativos como:

Orlando Pelayo (1920-1990), figura principal de la denominada Escuela de París, desde sus obras solares de los años cincuenta hasta los homúnculos y retratos apócrifos de raigambre barroca que ocuparon la época definitiva y final de su producción, tan influyente en las generaciones posteriores.

Álvaro Delgado (1922-2016), miembro destacado de la Escuela de Madrid y veraneante en el occidente asturiano, cuyo paisaje supo captar con la expresividad de trazo que caracteriza su pintura y que, en tanto que retratista de personajes reconocibles de su historia, desdibuja los rasgos sin llegar nunca a la caricatura.

Antonio Suárez (1923-2013), quien junto a Joaquín Rubio Camín fue clave en la renovación figurativa en Asturias en la década de 1950, antes de pasarse a la abstracción, que en su caso casi nunca fue pura. Miembro fundador del grupo El Paso, en sus empastes de gestualidad expresiva pronto volvieron a aparecer torsos, bodegones y paisajes, aunque sin anécdota.

Paulino Vicente el Mozo (1924-1956) supo desprenderse en sus años finales del yugo realista de su padre, para el que poseía un

talento innato, y simplificar las figuras hasta ponerlas en consonancia con el arte nuevo de los primeros cincuenta, que le hubieran llevado lejos si su vida no se hubiera visto truncada por la tuberculosis.

Mercedes Gómez-Morán (1926), pintora de exactos bodegones cubistas, siempre fieles a las enseñanzas de su maestro en París André Lhote, que ha mantenido invariables a lo largo de las décadas, con muy escasos elementos representados y una gran armonía de color.

Alejandro Mieres (1927-2018), quien, antes de decantarse definitivamente por la abstracción, de la que fue pionero y maestro en Asturias, realizó dibujos de figuras humanas cada vez más esquematizadas, como parte de un proceso esencializador que culminó hacia 1960.

César Montaña (1928-2000), básicamente escultor, de fundamento abstracto pero con referencias orgánicas, que en sus dibujos en papel prelude sus realizaciones tridimensionales sin que sean meros bocetos, al convertir las líneas en sombras de etérea materialización.

Amparo Cores (1929-2015), la más destacada pintora asturiana de la tendencia, autora, desde el Madrid normativo y concreto, de líricos retratos y personales bodegones, de los que el Museo de Bellas Artes de Asturias guarda la más importante colección gracias a la donación de su familia, que hasta el momento no ha sido mostrada.

Joaquín Rubio Camín (1929-2007), escultor abstracto a partir de los años sesenta, pintor de éxito en los cincuenta, de rotundas figuras en arrabales urbanos que en su esquematismo matérico y sorda paleta tienen algo de reverberación metafísica en ambientes sociales.

Felipe Criado (1930-2013), cuya figuración dinámica tuvo numerosos alumnos en Galicia, donde vivió y desarrolló toda su carrera como profesor de artes y oficios, en todo momento influido por una musicalidad que resuena en sus composiciones.

José María Navascués (1934-1979), escultor en su última década de vida de pilotos, aviones, coches de carreras, torsos, armadu-

ras, guillotinas y estacas para matar vampiros, que en sus pinturas y dibujos de refinada técnica, a veces con aerógrafo, mostraba similar altura conceptual y teórica, a pesar de lo pronto que levantó el vuelo.

Manuel Calvo (1934-2018), que siempre se debatió entre la abstracción geométrica y la figuración expresiva y social, con la que formó parte de grupos esenciales como Estampa Popular y realizó series tan comprometidas como el homenaje al político fusilado Julián Grimau. También practicó un erotismo de claro tinte hedonista y libertario en su etapa brasileña.

Rubén Darío Velázquez (1934), expresionista lírico, que desde los años setenta muestra abigarradas acumulaciones de personajes y objetos, de corte surreal o fantástico, en las que tan importante es su complejidad narrativa como su brillante colorido, de carácter integrador, que luego derivará hacia la plena autonomía abstracta.

Luis Fernando Aguirre (1935-2021), expresionista clásico, primero de la Nueva Objetividad, más visceral e iracundo después, con densa consistencia matérica, que luego adelgaza por influencia del pop británico y una mayor alegría colorística, sin perder su impronta crítica.

Jaime Herrero (1937-2020), el más barjoliano de los pintores asturianos, desde el dramático expresionismo de los años sesenta, de vivo color, realizado entre Madrid, París y Oviedo, hasta los grises de los setenta o la entusiasta pintura de las décadas de 1980 y 1990, para regresar finalmente al negro.

Elías García Benavides (1937), que antes de ser pintor de líricos paisajes abstraídos pasó, en los años ochenta, por una etapa figurativa en la que son frecuentes las cabezas y los cuerpos humanos, en línea con los neoexpresionismos de la época, con largas pinceladas que resaltan las siluetas y los contornos.

Adolfo Bartolomé (1937), quien desde su paso por la Academia de España en Roma desarrolló una personal figuración de corte oníri-

co, de extraña perfección formal, en grandes composiciones que mezclan la realidad con el sueño y generan inquietud por la naturaleza.

Eduardo Úrculo (1938–2003), social y activista en los años sesenta, más lúdico desde la década siguiente, en que se convirtió, desde la Ibiza psicodélica y Madrid, en pionero del pop español y uno de sus más destacados representantes europeos.

Juan Gomila (1942), también pop, autor de ambientes objetuales premiados en la Bienal de Alejandría de 1974 y, dentro de esa corriente experimental, de una pintura en la que predomina el grafismo y los patrones estilísticos, con gran originalidad dentro de la figuración.

Manuel García Linares (1943), comprometido con el mundo campesino desde los años sesenta, primero con un expresionismo de influencia goyesca y tonos oscuros, luego con un lirismo más atmosférico y vaporoso, que gana en color sin perder compasión por los humildes.

José Manuel Legazpi (1943–2019), con una figuración expresiva llena también de referencias goyescas y una gestualidad crítica que desde los inicios de su carrera ya reflejaba su condición de espléndido dibujante.

Miguel Ángel Lombardía (1945), quien tras una primera etapa de realismo contemporáneo se decantó por un estilo mucho más expresionista, de trazo grueso, en el que abundan la figura humana y las naturalezas muertas.

Reyes Díaz (1948), pintora de exquisita traza, que desde un cierto realismo ha sabido evolucionar hacia una figuración más íntima y familiar, en la que predominan los retratos y los bodegones y se ejercita como elegante colorista, de tonos pastel bien atemperados.

José Paredes (1949), creador de un fantástico mundo imaginario en el que están presentes tanto personajes como una serie de objetos ritualizados y debidamente recontextualizados.

En el análisis y la comparación podrían haber estado otros artistas nacionales, como el ya nombrado Eduardo Arroyo o el Equipo Crónica, que asimismo tienen obra en el Museo de Bellas Artes de Asturias, pero al final se decidió que era más sencillo restringirlos a los artistas asturianos.

Salvo del propio Barjola, destacado con obra de su museo, se ha escogido de cada artista una sola pintura, de entre los fondos del Museo de Bellas Artes de Asturias, con la excepción de las artistas mujeres, de algunas de las cuales hay dos para equilibrar su menor presencia.

Son por lo general obras poco vistas y casi nunca expuestas, lo que aumenta el interés de la visita. El discurso se ha dividido en dos plantas del Museo Barjola: en la primera, se muestran cuadros realizados entre 1950 y 1975, en pleno franquismo, mientras que en la segunda lo que se exhibe abarca desde 1976 a 2000.

Aparte de estas referencias cronológicas, se han añadido otras asociaciones de estilo, tema y contenido, de manera que quedan recogidas todas las modalidades artísticas del momento o se agrupan en torno a motivos menos evidentes como los torsos, que abundan como representación desgarrada del cuerpo humano, en tanto que signo sacrificial de una época convulsa.

Así, se exponen desde la figuración postcubista o de influencia picassiana hasta el expresionismo visceral y social o su vertiente más irónica e incluso festiva, que llega hasta la versatilidad del pop y se adentra sin cortapisas en las corrientes de nuestros días. Y que, incluso restringida a los pocos temas señalados por Barjola, muestra bien el amplio repertorio de posibilidades del que todavía es capaz la pintura figurativa asturiana y española.



JUAN BARJOLA (TORRE DE MIGUEL SESMERO, BADAJOZ, 1915-MADRID, 2004)

Tercer mundo, c. 1976. Óleo/lienzo, 201 x 180,5 cm.
Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo)

ORLANDO PELAYO (Gijón, 1920-Oviedo, 1990)

El detector de verdades, 1972-1979. Acrílico/lienzo. 140 x 130 cm.
Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo)





ÁLVARO DELGADO (MADRID, 1922-2016)

Valdiés Salas, 1997. Óleo/lienzo. 100 x 81 cm.

Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo). Depósito del Gobierno del Principado de Asturias

ANTONIO SUÁREZ (GUJÓN, 1923-MADRID, 2013)

Amencer/Interior, 1976. Óleo/lienzo. 97,5 x 97 cm.
Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo)





PAULINO VICENTE EL MOZO (OVIEDO, 1924-1956)
Sin título, 1955. Técnica mixta/cartón, 67,5 x 51 cm.
Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo)

MERCEDES GÓMEZ-MORÁN (OVIEDO, 1926)

Bodegón de la ventana, 1997. Óleo/lienzo. 92,5 x 72,5 cm.
Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo)



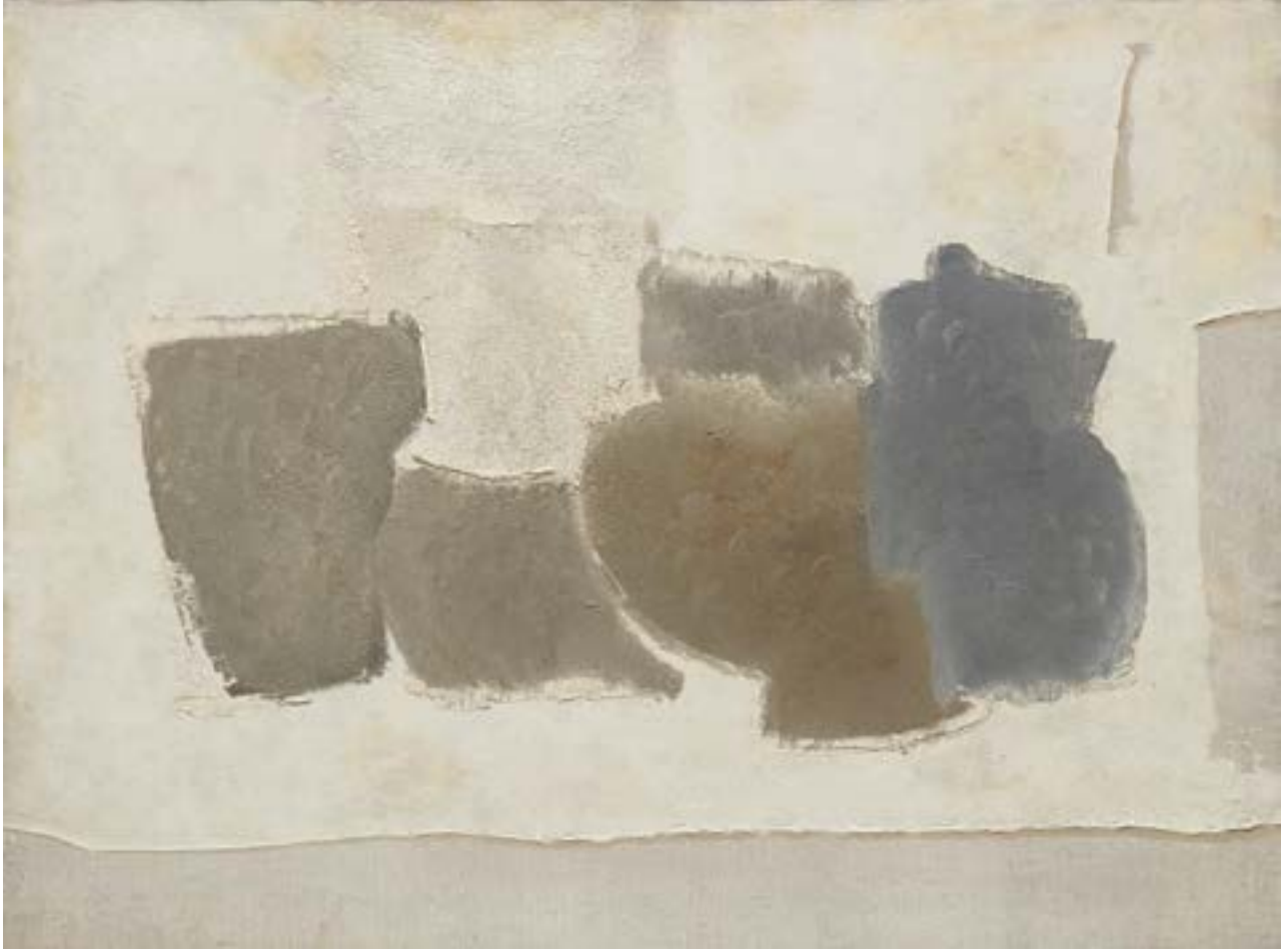


ALEJANDRO MIERES (ASTUDILLO, PALENCIA, 1927-GIJÓN, 2018)

Dos mujeres, 1952. Tinta china/papel, 26 x 20'5 cm.
Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo)

CÉSAR MONTAÑA (VEGADEO, 1928-MADRID, 2000)
Bailarina, c. 1980. Tinta china/papel. 76,5 x 50,4 cm.
Museo de Belas Artes de Asturias (Oviedo)



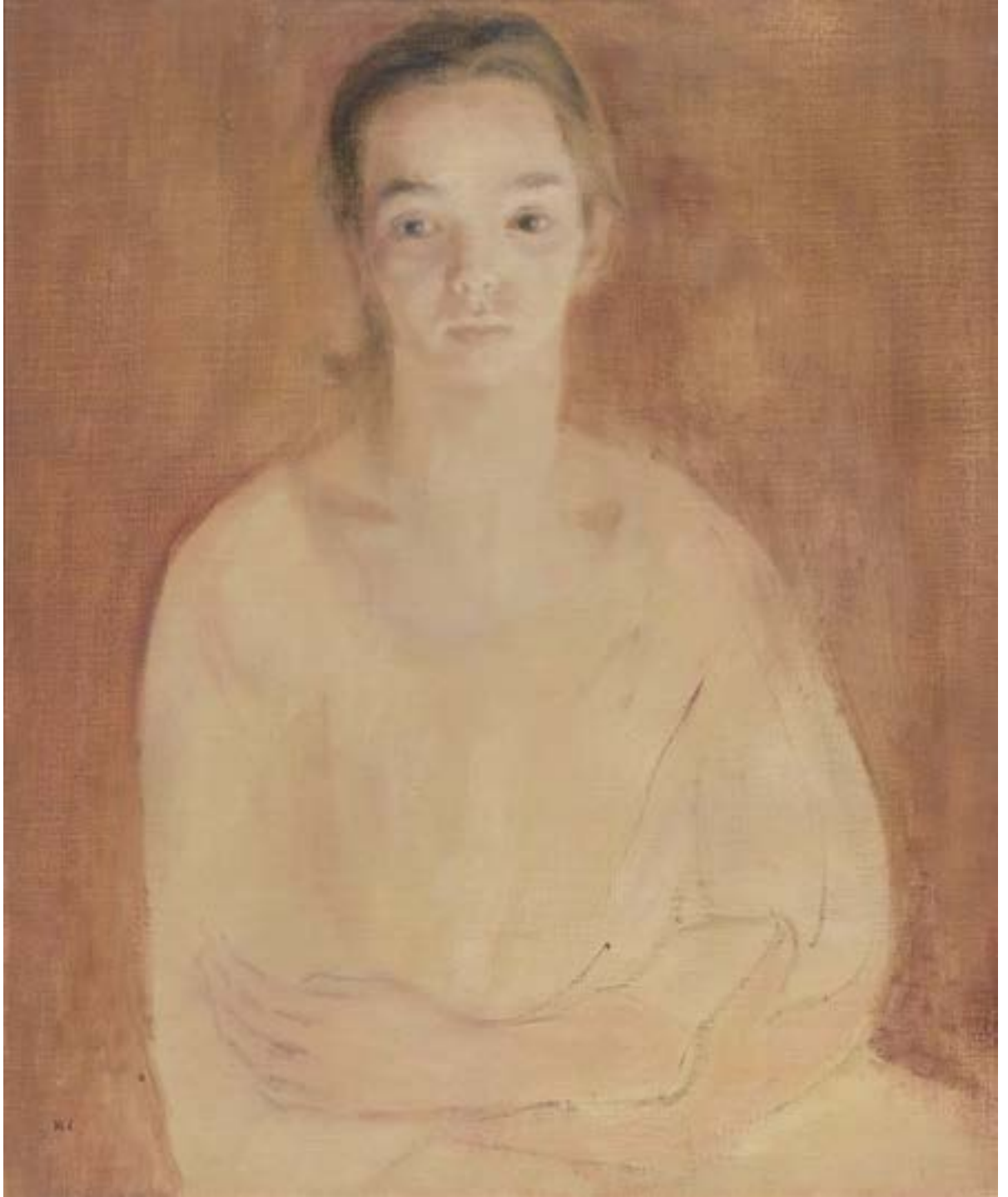


AMPARO CARES (MADRID, 1925-2015)

Bodegón, 1958. Óleo/lienzo. 60,5 x 80,5 cm.
Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo)

AMPARO CORES (MADRID, 1929-2015)

Retrato, 1975. Óleo/tabla. 61 x 50 cm.
Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo)





JOAQUÍN RUBIO CAMÍN (Gijón, 1929-2007)
Mujeres, 1956. Óleo/lienzo. 114,5 x 145,5 cm.
Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo)

FELIPE CRIADO (GIJÓN, 1931-LA CORUÑA, 2013)

Introducción y fuga en modo mayor, 1984. Acrílico/lienzo. 195 x 130 cm.
Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo)





JOSÉ MARÍA NAVASCUÉS (MADRID, 1934-OVIEDO, 1979)
Dibujo, 1979. Grafito y aerógrafo/papel. 72,5 x 57,5 cm.
Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo)

MANUEL CALVO (OVIEDO, 1934-MADRID, 2018)

La fertilidad de la alegoría, 1974. Técnica mixta/lienzo. 146 x 114 cm.
Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo)





RUBÉN DARÍO VELÁZQUEZ (CORNELIANA, SALAS, 1934)

Comensales, 1976. Óleo/lienzo. 89 x 116 cm.
Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo)

LUIS FERNANDO AGUIRRE (VILLAVICIOSA, 1935)

Entre las brasas azul caliente, 1983. Acuarela/papel pegado a tabla. 130 x 98 cm.
Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo)





JAIME HERRERO (GUÓN, 1937-OVIEDO, 2020)

De la serie **El engendro**, 1973. Óleo/lienzo. 99,5 x 148 cm.
Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo)

ELÍAS GARCÍA BENAVIDES (LEÓN, 1937)

Pintura, 1985. Acrílico/tabla. 100 x 150 cm.
Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo)





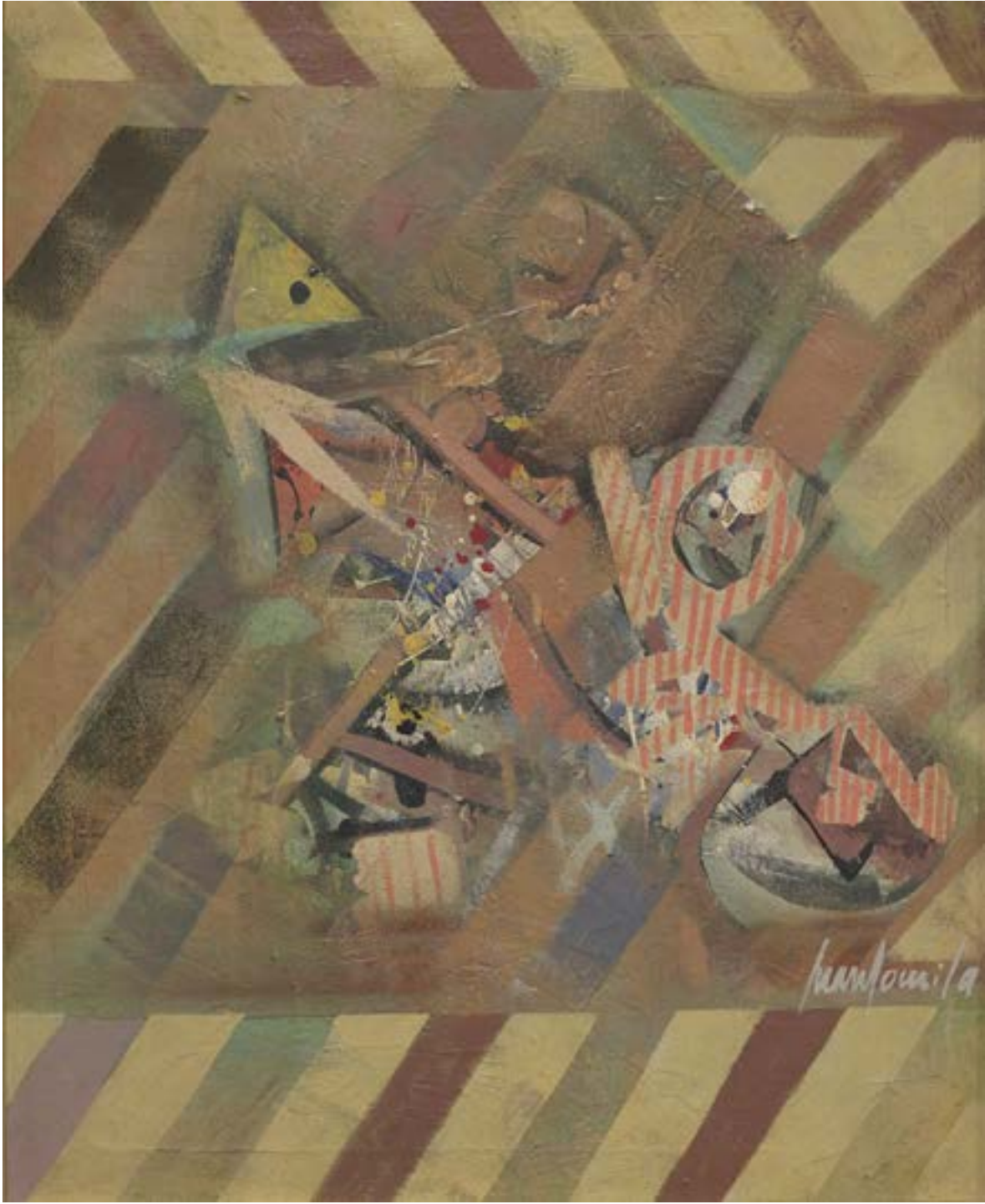
ADOLFO BARTOLOMÉ (Gijón, 1937)

Hombre escuchando los sonidos de la naturaleza, 1972. Óleo/lienzo. 150 x 201,8 cm.
Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo)

EDUARDO ÚRCULO (SANTURCE, VIZCAYA, 1938-MADRID, 2003)

Sueño con un cisne mientras el Arco Iris me ilumina con sus cuerdas rosas. 1972. Acrílico/lienzo. 162 x 140,5 cm.
Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo)





JUAN GOMILA (BARCELONA, 1942)

Oído al crujiir del mundo, 1971. Acrílico y óleo/lienzo. 73 x 60 cm.

Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo)

Depósito del Ayuntamiento de Oviedo

MANUEL GARCÍA LINARES (NAVELGAS, TINEO, 1943)

Pareja de ancianos de espalta, c. 1968. Óleo/lienzo. 90,3 x 70,4 cm.
Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo)





JOSÉ MANUEL LEGAZPI (BRES, TARAMUNDI, 1943-OVIEDO, 2019)

P.S., 1976. Óleo, resina y sílice/tabla. 100 x 80 cm.
Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo)

MIGUEL ÁNGEL LOMBARDÍA (SAMA DE LANGREO, 1946)

Xuan Canas en el espectáculo, 1973. Óleo/lienzo. 85 x 100 cm.
Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo). Depósito del Ayuntamiento de Oviedo





REYES DÍAZ (GUJÓN, 1948)

Rosa que murmura, 1998. Óleo/lienzo. 35,2 x 27,1 cm.
Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo)

Autretrato con magnolio, 2000. Óleo/lienzo. 35 x 27,3 cm.
Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo)

JOSÉ PAREDES (SAN CLAUDIO, OVIEDO, 1949)

Sin título, 1982. Acrílico/tabla. 122 x 172 cm.
Museo de Bellas Artes de Asturias (Oviedo)





COLABORA

MUSEO · DE
· · · · ·
BELLAS · · ·
· · · · ·
ARTES · DE
· · · · ·
ASTURIAS

